

Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima



La fe cristiana: un estilo de vida

Trabajo de investigación monográfico, que como parte del curso de actualización

teológica presenta:

Pbro. Cristóbal Tapia Castañeda

Director de estudios teológicos: Pbro. Dr. Ricardo Fernández Sanabria

Lima – Noviembre 23 – 2018

Dedicatoria

Dedico este trabajo de investigación a los agentes de pastoral de mi Parroquia “Santiago apóstol” de Bagua Grande, que con su dedicado interés buscan conocer más su fe para vivirla.

Agradecimiento

Agradezco al director de estudios teológicos Pbro. Dr. Ricardo Fernández, a la Sra. Gisella Sánchez y al Sr. José Rojas que me ayudaron en el proceso de admisión como alumno de esta universidad que hoy me acoge, y me facilitaron con importante material para realizar el curso de actualización teológica.

Índice

	Pág.
Introducción	5
Capítulo 1: El hecho de creer determina el modo de vivir	6
1. El hombre un ser religioso (creyente) por condición innata	6
2. El hecho de creer determina el modo de vivir	8
3. El contenido de fe no depende del sujeto que cree	9
4. El Cristianismo una fe que se hace vida	10
Capítulo 2: ¿Cómo repercute en nuestra vida las verdades de fe que profesamos?	13
1. Creer en la Resurrección de Jesús	13
1.1 Una comprensión de esta verdad de fe	13
1.2 Repercusión de la Resurrección en la vida del creyente	15
2. Creer en Jesucristo el Hijo de Dios	16
2.1 Una comprensión de esta verdad	16
2.2 Repercusión de la verdad “Jesús, el Hijo de Dios” en la vida del creyente	18
3. Creer en Jesús “El Cristo”	20
3.1 Una comprensión de esta verdad	20
3.2 Repercusión de la verdad de fe “Jesús es el Cristo” en la vida del creyente	22
Conclusión	23
Referencias	25

Introducción

Padre, “yo soy católico por eso le echo mis tragos”, me decía un borrachito alardeando de su fe, “yo no cambio mi religión” me decía muy feliz. Como él, otros muchos peores antitestimonios de fieles, clérigos y laicos, que hacemos alarde de ser cristianos católicos. ¿Por qué este antitestimonio? ¿Por qué esta incoherencia entre lo que profesamos y vivimos? ¿Acaso nuestra fe se reduce a una proclamación sólo de labios? Esto motivó el desarrollo de este trabajo de investigación que titulamos “La fe cristiana: un estilo de vida”, en el que intentaremos dar luces para la vivencia de nuestra fe.

Para un desarrollo claro del tema consideramos pertinente dividirlo en dos capítulos. En el primer capítulo que titulamos “El hecho de creer determina el modo de vivir”, se intentará explicar que el hombre es un ser religioso por condición innata, y como tal sus creencias le afectan en su modo de vivir; además aseveramos que la fe nos viene dada, y que específicamente, el cristianismo es una fe de obras.

En el segundo capítulo que titulamos “¿Cómo repercute en nuestra vida las verdades de fe que profesamos?”, nos detendremos a explicar algunas de las verdades de nuestra fe cristiana, y su repercusión práctica en la vida de los que seguimos a Cristo.

Finalmente, con el desarrollo de este trabajo de investigación pretendemos contribuir a un mejor conocimiento de nuestra fe. A un reconocimiento de nuestras verdades de fe cristiana, y su consecuente aplicación práctica en la vida de los que nos llamamos cristianos.

Capítulo 1

El hecho de creer determina el modo de vivir

1. El hombre un ser religioso (creyente) por condición innata

El esfuerzo del hombre por comprenderse a sí mismo, ha pasado por distintos niveles de aprehensión. El sabio Sócrates en la antigua Grecia se pregunta ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Quién soy?, es el asombro ante el gran misterio que encierra su propia existencia, que se diferencia de los demás seres existentes, que no lo abarcan los esquemas mentales y que no puede reducirse a una cosa (objeto) sino que trasciende a ello.

Con el desarrollo del conocimiento y el predominio de la ciencia y la técnica, que todo lo somete al análisis de la experiencia, bajo el imperio de la razón, el hombre pasa a ser un objeto más entre los demás objeto. Por ejemplo, Emmanuel Kant plantea la pregunta ya no con el adverbio “Quién” sino con el adverbio “Qué” ¿Qué es el hombre?¹, aduciendo con ello que es un objeto de estudio y no un sujeto que se pregunta.

Se ha pretendido identificar al ser humano con un animal, es evidente que hay especies de animales muy parecidos al ser humano, con cierta inteligencia y de estructura muy compleja que pareciera les faltaría sólo la razón para actuar como seres humanos. Sin embargo, el ser humano es más que razón, ya en su tiempo Aristóteles

“situaba la diferencia entre el hombre y el animal a partir de tres realidades: la *racionalidad*, la *socialidad* y la *eticidad*. Es decir, el hombre es un *animal*, pero se distingue de los demás animales porque *piensa* (el hombre es un animal racional»); porque es *social* («el hombre es un animal político») y porque debe vivir *éticamente* («el hombre es un animal ético»)²

En consecuencia no se puede identificar al ser humano con un animal.

¹ BUBER, M., *¿Qué es el hombre?*, Fondo de Cultura Económica, Argentina, 1992, p.11.

² FERNÁNDEZ, A., *Moral Fundamental: Iniciación Teológica*, 6ª ed., Ediciones RIALP, Madrid, 2006 p. 38.

El ser humano es un ser corpóreo, racional, ético y social, pero además de ello debemos afirmar que el hombre es un ser espiritual. El hombre verdadero es aquel cuyo espíritu es imagen y semejanza de Dios y al que Dios conoce y puede conocer a Dios³. Esta dimensión espiritual le hace ser humano, se puede decir que aquí radica su esencia de ser hombre.

Como ser espiritual el hombre tiene sentimientos muy particulares y profundos. El hombre es capaz de amar pero al mismo tiempo de odiar; el hombre es capaz de sentir tristeza y capaz de sentir alegría; es capaz de tener sentimientos de compasión; el hombre es capaz de amar a su creador pero al mismo tiempo de rechazarlo y hasta llegar a odiarlo. Estos sentimientos se han manifestado en experiencias muy profundas que explican que el hombre es un ser religioso. Por ejemplo, se sabe que en todas las culturas, el hombre antiguo ha rendido culto a sus muertos. El hombre ha manifestado su religiosidad con diversos ritos a sus dioses. San Pablo dice, que el hombre ha buscado a tientas al Dios verdadero, y que se nos ha revelado en Cristo (Hch 17,27)

Tratar de comprender al ser humano desmembrado de su realidad espiritual es el error más grave que se puede cometer. Aquí radica el error de algunas ciencias que pretenden estudiar al hombre sin su dimensión religiosa. Un intento por comprender al ser humano vaciado de su espíritu, ha llevado a cosificar al hombre y con ello aniquilar su más profundo sentido: la unión con su Creador. Toda comprensión del ser humano debe incluir su dimensión religiosa porque ser religioso es constitutivo de su realidad existencial. Así como es impropio hablar de un hombre sin su razón (Irracional), así también es absurdo hablar de hombre sin espíritu.

En este sentido, todas las personas tienen derecho a la libertad religiosa. Esta libertad consiste en que todos los hombres han de estar inmunes de coacción, por parte de personas particulares, de grupos sociales y de cualquier potestad humana⁴. Este derecho a la libertad religiosa exige

³ Cf. LA BIBLIA LATINOAMERICA, Edición Revisada, Verbo Divino, Madrid, 2005, p. *9.

⁴ Cf. CONCILIO VATICANO II, declaración *Dignitatis humanae (DH)*, N° 2, en: Documentos completos del Vaticano II, El mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao, 1965, p. 474.

el respeto a profesar la fe, a la práctica de ritos y costumbres religiosas. En muchos países la libertad religiosa está contemplada en su constitución política, defendiéndose como un derecho inalienable del ser humano. Sin embargo en muchos otros países solapadamente o con clara intención se está privando al ser humano de este derecho.

Por lo tanto, el hombre es un ser religioso por condición innata; negarle o privarle de este derecho es desnaturalizar su propia realidad constitutiva. Es más, se puede decir que es violentar su dignidad de ser humano porque se está fragmentando su ser unitario “en su dualidad de cuerpo y alma”⁵.

2. El hecho de creer determina el modo de vivir

Gabriel Marcel tiene esta expresión “Cuando uno no vive como piensa, acaba pensando cómo vive”⁶. Vivir como se piensa es la actitud propia del ser humano, lo contrario roza con el mundo de los animales, estos no tienen pensamiento y su comportamiento responde a sus instintos. El hombre que piensa como vive ha anulado su razón, pensar cómo se vive pertenece a una vida instintiva. Por lo tanto, lo propio del hombre será vivir como se piensa.

Veamos por ejemplo, el niño vive como piensa. Este piensa que su vida está segura cuando ve a sus padres y vive confiado y feliz, juega y no se preocupa por nada. Dice San Pablo “cuando era niño, hablaba como niño, pensaba y razonaba como niño (por lo tanto vivía como niño), pero cuando me hice hombre deje de lado las cosas de niño” (1Co 13,11), invitándonos con ello a tomar responsabilidad sobre nuestra existencia, y estos será posible en la medida que vivimos como pensamos.

Si la manera de pensar influye en la manera de vivir, con mayor razón el hecho de creer o lo que se cree determina el modo de vivir. El que cree en una vida después de la muerte, tratará de vivir moralmente para alcanzar la gloria eterna. Por el contrario, el que no cree en la vida

⁵ CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et spes (GS)*, N° 14, en: Documentos completos del Vaticano II, El mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao, 1965, p. 148.

⁶ GARCÍA SÁNCHEZ, S., *La inteligencia de valores*, Club Universitario, Alicante, 2018, p. 165.

eterna, tratará de disfrutar al máximo esta vida, sin importar si hace bien o hace mal, si por disfrutar tiene que convertirse en un delincuente o sicario no tiene reparo en hacerlo.

Por lo tanto, el estilo de vida habla de lo que una persona cree, porque lo que uno cree lo hace manifiesto con su vida misma. Vida y fe están totalmente ligadas. Sin embargo, hoy en día, fe y vivencia de la fe están más distantes que nunca, tanto así que no se puede saber si el que dice ser creyente cree o no cree en realidad⁷. Cuando la vida del creyente no se corresponde con lo que uno cree, se atenta con el acto mismo de creer, y con ello se violenta a la naturaleza misma del ser humano que es religioso por naturaleza.

3. El contenido de fe no depende del sujeto que cree

La realidad nos constata que en nuestro mundo hay creyentes y no creyentes, y entre los que creen hay una diversidad de credos y formas de creer. Unos que creen en la verdad revelada por Jesucristo, otros en creencias de religiones místicas, etc. ¿Es que el contenido de la fe depende del sujeto que cree?

El contenido de la fe no depende del creyente, si dependiera solo bastaría con creer lo que me conviene o simplemente no creer para evadir responsabilidad religiosa. Blanco Sarto (2005), citando al cardenal Joseph Ratzinger afirma “La fe no es fruto de mis pensamientos, me viene de afuera, la palabra no es algo de lo que dispongo y cambio a mi gusto, sino que se anticipa a mí mismo, a mi idea”⁸; es decir, el contenido de la fe no es fruto de nuestras elucubraciones, sino que se nos ha dado por la revelación.

En este sentido podemos decir que, así como lo que pienso no cambia la realidad de los hechos, así también lo que creo no cambiará la realidad de los hechos⁹. Por ejemplo, no puedo cambiar la existencia o no existencia de Dios porque yo crea o no crea, es una realidad dada.

⁷ Cf. VORGRIMLER, H., *Reflexiones Teológicas sobre el ateísmo*, En: *Mysterium Salutis* (Dir.: Feiner, Johannes y Löhrer, Magnus), 2ª ed., Tom. III, Madrid: EDICIONES CRISTIANDAD, 1980, p. 1025.

⁸ BLANCO SARTO, P., *Joseph Ratzinger. Razón y Cristianismo*, RIALP, Madrid, 2005, p. 98.

⁹ Cf. ROYO MARÍN, A. (O.P.), *Teología de la salvación*, 2ª Ed., BAC., Madrid, 1959, p. 15.

Por eso el ser humano dotado de razón y voluntad libre, está moralmente obligado a buscar la verdad sobre todo en lo referente a la religión, y a adherirse a la verdad conocida y a ordenar toda su vida según las exigencias de esta verdad que profesa¹⁰.

Por lo tanto, si la fe me viene de afuera y el contenido de la fe me viene dado, el ser humano tiene la responsabilidad de responder afirmativamente y acoger la invitación a creer con un “creo” personal. La negación a creer se enmarca dentro de los límites del pecado, el rechazo a Dios no anula la responsabilidad del creyente ni cambia la realidad religiosa del hombre. En consecuencia, el ser humano está llamado a creer en la verdad revelada por Jesucristo y adherir su vida a esa verdad que cree.

4. El Cristianismo una fe que se hace vida

“Dime en que crees y te diré quién eres”¹¹, es una verdad que hemos dejado confirmada líneas más arriba, ya que el modo de creer determina nuestro modo de vivir. En este sentido, todas las creencias religiosas exigen un estilo de vida en coherencia con lo que se profesa. Porque en definitiva el modo de vivir da cuenta de lo que se cree.

Por ejemplo, muchas de las sectas cristianas creen que la vida social es mala y pecaminosa, entonces asumen un alejamiento de la sociedad, esta actitud se deja notar incluso en los niños y en los adultos con comportamientos de aislamiento de la sociedad. También creen que el cuy y el cerdo son animales impuros, entonces sacan de su dieta alimenticia estas carnes y viven sin comer la carne de estos animales. Los que creen que el cuerpo es la cárcel del alma tratan de castigar el cuerpo y se despreocupan de la salud de su cuerpo, por mucho tiempo, también la Iglesia católica influenciada por el pensamiento griego asumió esta práctica como vivencia de fe.

¹⁰ *Op. Cit.*, DH n° 2, p. 475

¹¹ SAMUEL, A., *Para comprender las religiones en nuestro tiempo*, Verbo Divino, Estella, 1989, p.13.

Pero no olvidemos que “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”¹². Es decir que nuestra fe sienta sus bases en la persona de Jesucristo. Nuestra fe no se reduce a simples ritos, prácticas religiosas o costumbres que nos enseñan o una moral que deducimos lógicamente a nuestro antojo, el contenido de nuestra fe nos lo da el mismo Cristo. Su mensaje y su vida misma es el contenido de nuestra fe.

Cristo nos enseñó con su propio ejemplo que la fe se hace vida. Su vida estuvo marcada por la obediencia al Padre, y su actuar no fue otra cosa que vivir de cara a la voluntad del Padre: reconoció que Dios era realmente su Padre por lo que se sintió y vivió como Hijo. Lo expresa de muchas maneras: “mi Padre sigue trabajando, y yo también trabajo” (Jn 5,17), “Padre en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46), etc. Creyó que la verdadera justicia que salva se logra con la conversión del corazón y no por el simple cumplimiento de normas estipuladas, por eso enseña “Si su justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraran en el reino de los cielos” (Mt 5,20). Él vivió no sometido a la ley sino al amor. Jesús creyó que la ofrenda agradable a Dios es la misericordia y no el sacrificio (Cf. Mt 9,13), por eso Él se acercó compasivo a los pecadores.

Los primeros cristianos también entendieron que su fe se confirmaría en obras, y que de nada serviría llamarse cristiano si la fe no se traduce en obras buenas. Santiago lo expresa de esta manera “¿De qué sirve, hermanos míos, que alguien diga: “Tengo fe”, si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarle la fe? (...) la fe si no tiene obras está realmente muerta” (St 2,14-17). Con esto deja notar que la salvación se alcanza por la fe en Cristo, pero sin olvidar las obras de caridad.

En consecuencia, el cristiano tiene la tarea no sólo de indicar el camino hacia Cristo, sino y especialmente tiene que mostrar a Cristo. Es decir no sólo señalar “he allí el cordero de Dios” (Jn 1,29), sino principalmente producir el encuentro con Cristo “vengan y lo verán” (Jn 1,39).

¹² BENEDICTO XVI (2005), *Deus Caritas est*, n° 1.

Sin embargo, parece que los cristianos de este tiempo nos hemos quedado como señales muertas y sin vida al borde del camino, que no hacemos más que referir a Cristo, pero no somos los testigos vivos que con nuestra vida mostramos a Jesucristo en quien decimos creer.

Por lo tanto, el cristianismo es la fe que se hace vida. O se es cristiano con la vida o simplemente no se es cristiano. En este sentido, es contradictorio ver un mundo o una sociedad en donde en su gran mayoría nos decimos ser cristianos pero hay injusticia, hambre, violencia, desigualdad y una serie de antivalores que contradicen la naturaleza del cristianismo. Con razón Gandhi se expresaba de esta manera “Me gusta Cristo, lo que no me gustan son los cristianos: no se parecen en nada a Cristo” ¿Porque tenemos que mantener esta triste realidad de nuestro cristianismo? ¿Será que los cristianos desconocemos la esencia de nuestra fe?

Es momento de asumir nuestra fe con seriedad. No podemos quedarnos con los brazos cruzados. Es nuestra responsabilidad mostrar al mundo el rostro de Jesucristo, única verdad que nos trae la salvación. Pero no podremos solos, necesitamos a Jesucristo para que nuestros esfuerzos produzcan fruto, porque sólo en Cristo se sustenta toda moral, todo intento de corregir errores, todo esfuerzo por construir un mundo más humano.

Capítulo 2

¿Cómo repercute en nuestra vida las verdades de fe que profesamos?

Toda religión tiene sus principios dogmáticos que la constituyen como tal. El cristianismo es una de las religiones del libro, cuyas verdades reveladas sientan sus bases en la persona misma de Jesucristo, el Hijo de Dios. Diríamos que la grandeza del cristianismo radica en la fortaleza de sus dogmas y estas tienen su fundamento en la persona misma del Hijo de Dios.

Son muchos las verdades de fe que profesa el cristianismo: la Trinidad; Jesucristo, Dios y hombre verdadero; Cristo, Hijo de Dios; Cristo, el cordero de Dios; los dogmas marianos: María, madre de Dios; la Asunción de la Virgen María, etc. Sin embargo aquí nos limitaremos a presentar algunas verdades de fe referidas a la persona de Cristo.

1. Creer en la Resurrección de Jesús

1.1. Una comprensión de esta verdad de fe

San Pablo dice “y si no resucitó Cristo, nuestra predicación es vana, y vana también vuestra fe” (1Co 15,13) y luego añade “¡Pero no! Cristo resucitó como primicia de los que murieron. Porque así como por un hombre vino la muerte, también por un hombre viene la resurrección y la vida” (1Co 15, 20 – 21). Con ello deja fijado esta verdad de nuestra fe, y que todo cristiano debe creer.

Aceptar la resurrección no fue tan fácil para los primeros cristianos. Cuando San Pablo intenta hablar de la Resurrección de Cristo en el areópago, recibirá de sus oyentes de mentalidad griega la burla y la incompreensión, no aceptan su discurso, le reprochan diciendo “sobre esto ya te oiremos otra vez” (Hch 17,32b).

Incluso los mismos discípulos no podían creer que Jesús había resucitado. Sin duda que la muerte de su Maestro fue una gran decepción, incertidumbre y frustración, para el que ellos no estaban preparados. Lo más probable es que después de la muerte de Jesús todos sus discípulos se dispersaron por distintos lugares, regresaron a la familia o tomaron otros rumbos.

Pues aceptar que el Mesías fue crucificado era inconcebible, mucho más inaceptable era la noticia que ha resucitado, simplemente no lo creen.

Desde una mirada puramente humana la vida de Jesús aparentemente acaba con su muerte, no se deja notar algo especial, un milagro o algo sobrenatural que confirme la resurrección: lo crucificaron, murió y lo enterraron. Por eso los discípulos al comienzo no creyeron en la resurrección de su Maestro, necesitaron signos que les confirmara esa resurrección. ¿Qué es lo que vieron? ¿Qué es lo que sintieron? ¿Qué es lo que escucharon? A ciencia cierta nadie puede decir que es lo que sucedió, pero ese grupo de amigos, discípulos de Jesús algo experimentaron, algo que les hace reconocer que Jesús, su Maestro está vivo, que ha vencido a la muerte. Esa será su gran verdad, que en seguida la defenderán hasta con la entrega de su propia vida.

Los discípulos son testigos de esta resurrección, ellos por revelación divina tuvieron el encuentro con Cristo resucitado, pero ellos vieron más con los ojos de la fe que con los ojos de la carne, pero esa fe además de ser un don de Dios, necesito de signos reales para ser despertada en ellos. La fe fue aquello que les permitió reconocerlo en experiencias tan concretas, como al ver el sepulcro vacío (Lc 24,3.22-23;), en la voz de un desconocido que le habla por su nombre a María Magdalena (Jn 20,15-16), al partir el pan (Lc 24, 30 – 31), mientras trabajaban en la pesca (Jn 21,1 - 7), en el caso de Pablo al caer de su caballo mientras persigue a los cristianos (Hch, 9,3 – 9), etc.

“El sepulcro vacío, ha constituido para todos un signo esencial. su descubrimiento por los discípulos fue el primer paso para el reconocimiento del hecho de la Resurrección”¹³, hoy en día el sepulcro vacío es la verdad que todo el mundo parece aceptar, y que los cristianos creemos indudablemente.

¹³ CATECISMO DE LA IGLESIA CATOLICA (CCE), 2ª ed., Asociación De Editores Del Catecismo Madrid, 1992, N° 640, p. 152.

La prueba más clara e indiscutible que nos confirma la resurrección de Jesús es la existencia de la Iglesia. Una Iglesia cuyo origen está en el testimonio valiente de los discípulos de Jesús, que con el sacrificio de su propia vida han difundido y defendido la resurrección de su Maestro. Si estos hombres no hubieran experimentado la resurrección de su Señor, no habrían tenido el valor para defender con el sacrificio de su vida misma esta verdad. Toda la fe cristiana tiene su fundamento en la resurrección de Cristo.

Hoy en día todo cristiano está convencido que Cristo ha sido resucitado de entre los muertos y que hoy está sentado a la derecha de Dios Padre, y que reina por la eternidad y desde allí ha de venir a juzgarnos un día.

1.2. Repercusión de la Resurrección en la vida del creyente

El Cardenal Ratzinger, hoy Papa emérito, afirma que la resurrección de Cristo es un acontecimiento dentro de la historia, pero que va más allá de esta, es un “salto cualitativo” en que se entreabre una nueva dimensión de la vida del hombre, por eso la resurrección de Cristo aunque va más allá de la historia ha dejado su huella en la historia.¹⁴ Por eso, todo lo que sucedió en el acontecimiento pascual comprometió a cada uno de los apóstoles.¹⁵

Pero la resurrección de Cristo no sólo comprometió a los discípulos sino también a todos los que creemos en Él. Nos compromete en primer lugar con su misión. El cristiano está obligado a comunicar el Evangelio de salvación. San Pablo lo expresa así “Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de vanagloria; se trata más bien de un deber que me incumbe. ¡Ay de mí si no predico el Evangelio!” (1 Co 9,16). Todo bautizado tiene la tarea de continuar la misión de Cristo.

A cada cristiano, su fe en la resurrección de Jesucristo le afecta personalmente. Primero porque por su resurrección nos abre el acceso a una nueva vida, nos justifica y nos devuelve la

¹⁴ Cf. RATZINGER, J., *Jesús de Nazaret, desde la entrada de Jerusalén hasta la Resurrección*, 2ª Parte, (Traduc. J. Fernando del Río, OSA), Encuentro, Madrid, 2011, pp. 317 – 319.

¹⁵ Cf. *Op. Cit.*, CCE. N° 642, p. 152.

gracia de Dios que habíamos perdido por el pecado¹⁶. Por lo tanto, Cristo resucitado es principio y fuente de nuestra resurrección futura.¹⁷

Además la resurrección de cristo tiene sus implicancias prácticas o morales. El cristiano creyente de la resurrección tendrá que vivir como resucitado. San Pablo dice que el cristiano es hijo de la luz y por lo tanto tiene que dejar las obras de las tinieblas y revestirse de las armas de la luz, nada de comilonas, borracheras, desenfrenos, rivalidades, envidias (Rm 13, 12 – 13) porque todo esto es contrario al espíritu de resucitados. Además de vivir como resucitado, tiene que ayudar a los demás a vivir como resucitados, ayudarles a salir de una situación de muerte para ver la luz de la vida.

¿Por qué entonces en una sociedad, donde la mayoría somos cristianos, se sigue viviendo la mentira, la corrupción, la injusticia, la violencia, el sicariato, la delincuencia y muchos otros signos de muerte? ¿No será acaso que hemos olvidados que hemos sido resucitados por Cristo? o ¿es que hemos separado la fe de nuestra vida diaria? Alguien que dice ser cristiano y practica obras de muerte, simplemente no es un cristiano.

2. Creer en Jesucristo el Hijo de Dios

2.1. Una comprensión de esta verdad

Otra de las verdades fundamentales de nuestra fe que sostiene al cristianismo es “Jesús es el Hijo de Dios”. “Hijo de Dios” es el título cristológico más alto con el que se le puede reconocer a Jesús. No es un título honorífico meramente adoptado, sino que le pertenece por esencia: Jesús es realmente el Hijo de Dios.

Jesús es el Hijo amado de Dios padre (Mt 3,17; 17,5). Y es el Hijo amado porque comparte la misma naturaleza del *Padre*, es consustancial al Padre¹⁸ y procede de él por

¹⁶ Cf. *Op. Cit.*, CCE., N° 654, p. 156.

¹⁷ Cf. *Ibid.*, N° 655, p. 156

¹⁸ Cf. GONZALES DE CARDENAL, O., *Cristología*, BAC, Madrid, 2001, p. 70.

generación¹⁹. Por esta razón existe una íntima comunicación del Padre con el Hijo: “Mi Padre me ha entregado todo, y nadie conoce al Hijo, sino el Padre; ni al Padre le conoce nadie, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11,27; Lc 10,22). Además, San Juan nos dice que nadie ha subido al cielo sino el que bajo del cielo (Jn 3,11)

Jesús se reconoce y se siente Hijo de Dios, por eso llama a Dios “abbá” y no “abí”, que es un saludo respetuoso, que se puede traducir como “Señor”²⁰ o en nuestro lenguaje “Señor Padre”. Este abbá tiene un sentido familiar²¹ lleno de cariño, de afectividad, diríamos que es como “papito” en nuestro modo tierno de expresarnos, con el papá o el abuelito que mucho queremos; tanto así que a los contemporáneos de Jesús les escandalizaba que llamara a Dios abbá, lo veían una falta de respeto (Lc 22,69 – 72); sin embargo, para Jesús era la forma especial de su relación con Dios, que en todas sus oraciones se dirige con esta palabra, excepto la oración desesperada en la cruz²². Jesús es el Hijo querido de Dios, su Padre.

La relación filial de Jesús con su Padre no se agota en una simple relación de palabras, sino que afecta a su vida misma, tiene que vivir como Hijo. Jesús demuestra ser Hijo con su corresponsabilidad en el trabajo del Padre “Mi padre sigue trabajando, yo también trabajo” (Jn 5,17). Jesús demuestra ser el verdadero Hijo de Dios con su fiel obediencia a la voluntad del Padre (Jn 6,38-40), obediencia que le llevará a amar a la humanidad hasta dar la vida por ella.

El Padre también demuestra que Jesús es su único Hijo. A la obediencia del Hijo el Padre responde resucitándolo. Para el cardenal Ratzinger, analizando Hechos 13,32ss, que es la exposición de la historia de la salvación que hace San Pablo, dice que en la Resurrección de

¹⁹ La generación divina o es a la manera de nuestra naturaleza humana. “La referencia es analógica: es decir, entre la generación divina y la generación humana (nuestra) no hay ni igualdad absoluta ni absoluta diferencia. Esto quiere decir que hay que trascender la noción humana de generación, porque en la divina no hay separación entre el Padre y el Hijo. No es una generación en el sentido físico como la materia procede de un ser material, ni en el sentido mental, como un concepto procede de la mente. Pero no por eso podemos renunciar al término generación” (Olegario, 2001, p.231)

²⁰ Cf. JEREMIAS, J., *Abbá y el mensaje central del Nuevo Testamento*, 6ª ed., Ediciones Sígueme, Salamanca, 2005, pp. 68.

²¹ Cf. *Ibid.*, p. 68.

²² Cf. *Ibid.*, p. 63.

Cristo se devela totalmente la relación filial de Jesús con Dios Padre “Tu eres mi Hijo yo te engendrado hoy”²³. Por lo tanto, se ha demostrado que Jesús es el Hijo de Dios, verdad que todo cristiano está llamado a profesar.

2.2. Repercusión de la verdad “Jesús, el Hijo de Dios” en la vida del creyente.

“La familiaridad de Jesús con su Padre quedó tan gravada en el corazón de los discípulos, que la invocación “abbá” se extendió rápidamente en el cristianismo primitivo. Los primeros cristianos adoptaron ellos mismos la forma de orar de Jesús”²⁴. Desde entonces, llamar a Dios Padre se ha mantenido en la tradición de la Iglesia y que llega hasta nuestros días, que hoy no es nada escandaloso, irrespetuoso o novedoso llamar a Dios Padre; más bien, es el mejor expresión que podemos usar en nuestra relación con nuestro creador.

Jesús es “Hijo de Dios” es la verdad que todo cristiano proclama. Sin embargo, parece que nos hemos quedado en simple profesión de fe, y no hemos entrado en la profundidad que este misterio encierra.

Todo bautizado que proclame a Jesús como Hijo de Dios, está comprometido a reconocer a Dios como Padre y a reconocerse como hijo, porque por el Bautismo en Cristo todos nos incorporamos a su misma suerte, somos hijos de Dios en el Hijo Único²⁵, que lo es por consustancialidad, como lo define el concilio de Nicea (325), y porque somos hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Abbá!, Padre, de modo que ya no somos esclavos, sino hijos; y si somos hijos también somos herederos de la vida eterna por voluntad de Dios (Ga 4, 6-7).

Recalquemos que nuestra condición de hijos es por adopción (Ef 1,5), más no por generación como lo es Cristo Jesús; por esta razón, en San Juan 20,17 Jesús marca esa diferencia

²³ Cf. RATZINGER, J., *Jesús de Nazaret, desde el Bautismo a la Transfiguración*, 1ª Parte, (Traduc. Carmen Bas Álvarez), Planeta, Bogotá, 2007, p. 390 – 391.

²⁴ CARAVIAS, J. L., *El Dios de Jesús*, colección Iglesia viva, Ediciones Paulinas, Bogotá, 1986, p. 28.

²⁵ *Op. Cit.*, CCE. N° 1243, p. 289

cuando dice “Mi Padre y vuestro Padre”²⁶, indicando con ello que nuestra filiación de hijos es distinta e inferior a la suya.

La pertenencia a Dios como hijos nos compromete a reflejar la imagen de Dios. Y, la imagen de Dios es “El amor”²⁷. San Juan lo expresa de esta manera: “Queridos, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor” (1Jn 4,7-8). Por lo tanto, el cristiano está obligado a reproducir la imagen amorosa de Dios, y no en un sentido puramente espiritual sino real y concreto, por eso San Juan añade “quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve” (1Jn 4,20b), es decir. seremos hijos de Dios si amamos a Dios y al prójimo, de lo contrario simplemente no somos hijos de Dios ni cristianos.

Crear en Jesús como el “Hijo de Dios”, nos hace hijos de su Padre, y nos compromete a vivir en la libertad de los Hijos de Dios (Col 1,12-14). La libertad es constitutivo de nuestra condición humana, Dios es libre y nos creó con libertad, porque “la libertad es la capacidad que tiene el hombre de autodeterminarse”²⁸

Por el pecado perdimos la libertad, pero Cristo nos la ha devuelto “para ser libres nos ha liberado Cristo” (Ga 5,1), desde entonces nuestra condición es ser libres. La libertad no se limita al libre albedrío que es la facultad de elegir entre esto o aquello, o la posibilidad de elegir entre el bien y el mal²⁹, porque como afirma Fernández “hacer el mal no es propio de la libertad, ni siquiera una parte de ella, sino tan sólo es signo de que el hombre es libre”³⁰. Al respecto el Catecismo de la Iglesia Católica explica

²⁶ *Op. Cit.*, CCE., N° 443, p. 105.

²⁷ “Se puede decir también: la unidad de Jesús con Dios es una unidad de amor; pero es igualmente unidad de ser, puesto que Dios es amor» (R. Schnackenburg, 1980, p. 277)

²⁸ FERNÁNDEZ, A., *Moral Fundamental: Iniciación Teológica*, 6ª ed., Ediciones RIALP, Madrid, 2006, p. 71.

²⁹ *Op. Cit.*, CCE., N° 1731 – 1732, pp. 396 – 397.

³⁰ *Op. Cit.*, FERNÁNDEZ, p. 77.

En la medida en que el hombre hace más bien, se va haciendo también más libre. No hay verdadera libertad sino en el servicio del bien y de la justicia. La elección de la desobediencia y del mal es un abuso de la libertad y conduce a la esclavitud del pecado³¹

Por lo tanto, ejercer nuestra verdadera libertad es un deber de hijos. Si nos detenemos a analizar nuestra realidad, nos damos cuenta que muchos que nos llamamos cristianos estamos lejos de la esencia de hijos de Dios, porque no ejercemos nuestra libertad.

Finalmente, si todos hemos sido hechos hijos de un único Dios Padre, nuestra condición es ser hermanos unos de los otros (Mt 23, 8 – 9). La primer carta de San Juan dice “Todo el que cree que Jesús es Cristo ha nacido de Dios; y todo el que ama a aquel que da el ser amará también al que ha nacido de Él” (1Jn 5,1). Por lo tanto, la exigencia será vivir la caridad fraterna, hacer el bien al hermano y buscar su salvación. El amor a nuestro Padre se hace real en el amor a nuestros hermanos.

3. Creer en Jesús “El Cristo”

3.1. Una comprensión de esta verdad

Cristo, en griego Christós, es la traducción del término hebreo Mashiah (Mesías), que significa “Ungido”³². Dios es el que elige y unge. El pueblo de Israel siente la mediación por medio de las personas ungidas, así el rey David es ungido por Samuel (1Sam 16,13). En este sentido el Ungido es el escogido para ser el liberador del pueblo.

La importancia del reconocimiento de Jesús como “El Cristo”, es vivir la llegada del Mesías como el Salvador del pueblo. Pero, ¿El pueblo de Israel reconoce que Jesús es el Ungido de Dios, para salvar a su pueblo?, es más, ¿Los discípulos reconocen a su Maestro, como “El Cristo”, en la profundidad de su significado?

³¹ Cf. *Op. Cit.*, CCE., N° 1733, p. 397.

³² FERRER BARRIENDOS, V., *Jesucristo Nuestro Salvador: Iniciación a la Cristología*, INFOBRAX ASOCIACIÓN CIVIL, Lima, 2007, p. 40.

Ciertamente que ni el pueblo de Israel ni los discípulos, reconocían que Jesús es “El Cristo”, hasta después de su resurrección. Los discípulos al comienzo creen que su Maestro es un líder político, el que va a dar la libertad al pueblo de Israel del dominio romano, y esperan ocupar puestos importantes en su reinado (Mc 10,35-37), por eso no aceptan la idea de un Cristo crucificado (Mt 16,22), y terminan decepcionados con su muerte “Nosotros esperábamos que iba a ser él quien liberaría a Israel; pero con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que eso pasó” (Lc 24,21)

Será después de la Resurrección cuando lo reconocen como el Mesías salvador del mundo, el único por quien se alcanza la vida eterna; esto nos revela el episodio en la que Pedro declara que Jesús es “El Cristo”. Ferrer afirma que, la confesión de Pedro no es fruto de un entendimiento racional sino un don y revelación de Dios; en definitiva no es una respuesta humana sino de Dios que declara la verdad sobre Jesús, muy por encima de lo que los hombres pueden entender³³. Por lo tanto, el reconocimiento de Jesús como “El Cristo” es una experiencia de fe por gracia de Dios.

Jesús es “El Cristo”, ungido no con unguento terreno sino con óleo espiritual (Sal 45/44, 8)³⁴. Es el ungido que posee el Espíritu Santo en su totalidad: “Reposará sobre Él el espíritu de Yahvé: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor de Yahvé. Y se inspirará en el temor de Yahvé” (Is 11, 2 – 3a), o como lo expresa el libro del Apocalipsis “Entonces vi, de pie, en medio del trono y de los cuatro Vivientes y de los Ancianos, un Cordero, que parecía degollado. Tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios” (Ap 5,6).

Por lo tanto Jesús es “El Cristo” en cuanto es ungido con el Espíritu Santo, un testimonio claro de su unción es su bautismo (Mt 3, 16-17), también el pasaje que relata la proclamación

³³ Cf. *Ibíd.*, p. 18.

³⁴ Cf. *Ibíd.*, p. 41.

de su misión (Lc 4,18-19). La profesión de fe: “Jesús es el Cristo”, tiene un alcance universal y salva en la medida que participamos de su mismo Espíritu

3.2. Repercusión de la verdad de fe “Jesús es el Cristo” en la vida del creyente.

Creer en Jesús como “El Cristo” y hacerse su discípulo es configurarse con Cristo por la unción con el mismo Espíritu de Cristo. De una manera clara lo expresa la Iglesia en la liturgia sacramental, específicamente en los sacramentos del Bautismo y la Confirmación: en el Bautismo somos ungidos con el Santo Crisma como sacerdotes, profetas y reyes; y en el sacramento de la Confirmación somos ungidos nuevamente con el Santo Crisma.

Ser crismado es lo mismo que ser Cristo, ser Mesías y ser Ungido. El cristiano está llamado a continuar la misión del Señor, a dar testimonio de la verdad y por sus buenas obras ser fermento de santidad e instrumento de salvación en el mundo³⁵; es decir, continuadores de la misión de Cristo.

Cada uno de los que nos llamamos cristianos habría que preguntarnos ¿Cómo estoy realizando la misión de Cristo hoy? porque si soy indiferente a esa misión no debería llamarme Cristiano, porque todo cristiano tiene que implicarse en la misión que Cristo encargó a su Iglesia.

Ser cristiano es un discípulo – misionero que tiene que vivir con un espíritu misionero. Los Obispos en *Aparecida* afirma que “Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo”³⁶. ¿Realmente todos los que nos llamamos cristianos nos sentimos discípulos – misioneros?, y los que nos sentimos discípulos – misioneros vivimos con ese espíritu de don, de gracia y de gozo?

³⁵ Cf. EQUIPO PAULINAS, *Manual Litúrgico*, 2ª ed., Paulinas, Lima, 2013, p. 62.

³⁶ V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DE EL CARIBE, *Aparecida, Documento Conclusivo (DA)*, Paulinas, Lima, 2007, N° 32, p. 41.

Conclusión

El desconocimiento de nuestra naturaleza humana y de los efectos de nuestra profesión de fe, nos ha llevado a una incoherencia de vida entre lo que creemos y lo que vivimos. Tenemos que afirmar en primer lugar que, el hombre es un ser religioso por condición innata. En este sentido la religión es un derecho natural del que no se le puede ni debe privar, con ningún método declarado o solapado. Una amenaza a su libertad religiosa es una amenaza a su dignidad humana. Sólo si se le protege en todos sus derechos de persona, podremos decir que estamos buscando el desarrollo y el progreso del ser humano.

La religión integra determinadas prácticas religiosas que obligan y modelan la vida del creyente. Una verdadera religión será aquella que busca que sus adeptos, haciendo uso de su libertad se encuentren con Dios, en un proceso espiritual que permita un desarrollo humano integral de su persona: cuerpo y espíritu.

Pero la fe, como hemos afirmados en este trabajo, no es fruto de nuestros pensamientos, sino que nos viene de afuera, se nos da, es una gracia de Dios. En este sentido la fe nos ha sido revelada en Jesucristo el Hijo de Dios. El cristianismo es la religión del libro cuyas verdades de fe tienen su fundamento en Cristo. Por eso, no comenzamos a ser cristianos por una decisión ética o una gran idea sino por el encuentro con una persona que es Jesucristo. Esto tiene sus consecuencias, nuestra fe no se reduce a un simple creer, realizar ritos y cumplir normas sino a tener una experiencia viva de encuentro con Cristo.

En este sentido ser cristiano exige imitar a Cristo y unirse a él por la fe y las buenas obras. Esto significa que el cristiano está obligado no sólo a indicar el camino hacia Cristo, sino a mostrar con su vida misma a Cristo. Sin embargo, parece que los cristianos de este tiempo nos hemos quedado como señales muertas y sin vida al borde del camino, que no hacemos más que referir a Cristo, pero no somos los testigos vivos que con nuestra vida mostramos a Jesucristo en quien decimos creer.

Una verdad de fe de nuestro cristianismo es creer en la Resurrección de Cristo y, en nuestra resurrección por la incorporación a Cristo. La Resurrección de Cristo nos abre el acceso a una nueva vida y nos garantiza nuestra resurrección. Nos compromete a la misión de Cristo. El cristiano está obligado a comunicar el Evangelio de salvación. Además, El cristiano creyente de la Resurrección tendrá que vivir como resucitado, como hijo de la luz, y tiene que ayudar a los demás a vivir como resucitados, sacándolos de su postración y de su situación de muerte.

Crear que Jesús es el Hijo de Dios nos hace a nosotros hijos adoptivos de Dios Padre. Como consecuencia el cristiano está obligado a reproducir la imagen amorosa de Dios, y no en un sentido puramente espiritual sino real y concreto. Además que nos compromete a vivir como hermanos los unos de los otros.

La profesión de fe: “Jesús es el Cristo”, tiene un alcance universal y salva en la medida que participamos de su mismo Espíritu. El cristiano es un ungido con el Santo Crisma, es hecho un discípulo misionero para continuar la misión del Señor, dar testimonio de la verdad y por las buenas obras ser fermento de santidad e instrumento de salvación en el mundo.

Finalmente, ser cristiano significa configurarse con Cristo. Es profesar la fe con palabras y con obras de caridad. Sólo en la medida en que nuestra fe lo hagamos vida seremos auténticos cristianos y seremos creíbles en el mundo, porque nuestra fe exige un estilo de vida a semejanza de Cristo nuestro Salvador.

Referencias

BLANCO SARTO, Pablo., *Joseph Ratzinger. Razón y Cristianismo*, Ediciones Rialp, Madrid, 2005.

BUBER, Martín, *¿Qué es el hombre?*, Fondo de Cultura Económica, Argentina, 1992.

CARAVIAS, José L., *El Dios de Jesús*, colección Iglesia viva, Ediciones Paulinas, Bogotá, 1986.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATOLICA, 2ª ed., Asociación de Editores del Catecismo, Madrid, 1992.

CONCILIO VATICANO II, Declaración *Dignitatis humanae (DH)* sobre la libertad religiosa, en: Documentos completos del Vaticano II, El mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao, 1965.

EQUIPO PAULINAS, Manual Litúrgico, 2ª ed., Paulinas, Lima, 2013.

FERNÁNDEZ, Aurelio, *Moral Fundamental: Iniciación Teológica*, 6ª ed., Ediciones RIALP, Madrid, 2006.

FERRER BARRIENDOS, Vicente, *Jesucristo Nuestro Salvador: Iniciación a la Cristología*, INFOBRAX ASOCIACIÓN CIVIL, Lima, 2007.

GARCÍA SÁNCHEZ, Salvador, *La inteligencia de valores*, Club Universitario, Alicante, 2018.

GONZALES DE CARDENAL, Olegario, *Cristología*, BAC, Madrid, 2001.

JEREMÍAS, Joachim, *Abbá, el mensaje central del Nuevo Testamento*, 6ª ed., EDICIONES SÍGUEME, Salamanca, 2005.

LA BIBLIA LATINOAMERICA, Edición Revisada, Verbo Divino, Madrid, 2005.

RATZINGER, Joseph, *Jesús de Nazaret, desde el Bautismo a la Transfiguración*, 1ª Parte, (Traduc. Carmen Bas Álvarez), Planeta, Bogotá, 2007.

RATZINGER, Joseph, *Jesús de Nazaret, desde la entrada de Jerusalén hasta la Resurrección*, 2ª Parte (Trad. J. Fernando del Río, OSA), Encuentro, Madrid, 2011.

ROYO MARÍN, Antonio O.P., *Teología de la salvación*, 2ª ed., BAC, Madrid, 1959.

SAMUEL, Albert., *Para comprender las religiones en nuestro tiempo*, Verbo Divino, Estella, 1989.

SCHNACKENBURG, R., *Cristología del Nuevo Testamento*, En J. Feiner y M. Löhrer (Eds.), *Mysterium Salutis: Manual de Teología como Historia de la salvación*, Tom III, 2ª ed., Ediciones Cristiandad, Madrid, 1980.